

EL TERCER ASESINO (2013) DE RENATO PRADA

ALICIA V. RAMÍREZ OLIVARES

ALEJANDRO LÁMBARRY

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

El tercer asesino es una obra que centra su interés en la figura del narrador, donde además encontramos a un autor implícito.¹ A pesar de que la diégesis o historia resulta ser relevante –trata de un crimen político que se ubica en México– la relevancia de conocer al asesino pasa a segundo término debido a la manera en la que se narra la historia. Es el narrador quien nos introduce en la historia más que la acción de los personajes.

El tercer asesino trata del crimen del Consejero Presidencial, Juan Carlos de Merino y Rodríguez, alias “el Dumbito”, quien muere en su penthouse secreto, registrado a nombre de su chofer particular, un homosexual llamado Julio Romero, alias “Pepito el Pito”, hijo de un afamado cirujano. La primera Dama ordena que se declare como causa de la muerte, paro cardíaco, y así evitar conjeturas y un escándalo político; sin embargo, las cosas se complican porque el abuelo de la víctima, Don Juan José de Merino y González, alias “El Nuevo Hernán Cortés” sospecha que la causa de la muerte no fue un paro cardíaco sino un asesinato. Pedro Francisco Hinojosa “El Manitas” y Subsecretario de gobierno, junto con el Secretario de gobierno, José Pérez Martínez, alias “El Pedorro”, investigan el crimen por órdenes del abuelo. Para resolverlo, acuden al profesor de filosofía Miguel Marcos, alias “El Lechuza cantor” o más

adelante “El Inspector Canales”, quien resuelve el misterio gracias a su experiencia para resolver crímenes por sus lecturas de novelas policiacas.

Como se observa, la novela es un thriller policíaco donde el encargado de resolver el crimen, el profesor Miguel Marcos, acude a la estructura literaria de la novela negra para lograrlo. Su estrategia de búsqueda, a diferencia del resto, está basada en razonamientos y silogismos. Siguiendo a su maestro Greimás, se esfuerza también por empatar sus “horizontes culturales” con los horizontes de la víctima y los criminales. Este personaje es, a la vez, el único que escapa de la podredumbre social y política; en palabras de Piglia, es aquel que no entra en el juego, “conserva la decencia y la lucidez” (98) y adquiere con ello la distancia necesaria para aportar la mirada crítica.

Siendo uno de los teóricos más importantes de la literatura mexicana e hispanoamericana, Renato Prada no puede pasar por alto algunos guiños metaliterarios en su trama. Esto sucede, por ejemplo, cuando el narrador titubea buscando el nombre adecuado para la punta de un cigarro y, seguido de un paréntesis, leemos: “(en esto no nos pusimos de acuerdo los que redactamos estas crónicas o memorias, cuya denominación cabal queda también pendiente)” (65). ¿Nos pusimos de acuerdo? ¿Quién narra la historia? ¿Este paréntesis está ahí para atraer nuestra atención sobre la convencionalidad del género, la arbitrariedad de los modelos narrativos o se trata, simplemente, de una broma? Otro enigma a resolver.

En realidad, la novela de Prada no propone un cambio radical al género de novela negra o thriller policíaco. El misterio es encontrar al asesino. La perspectiva del narrador se sitúa sobre los detectives, los buenos. Estamos del lado del profe Marcos, memorable en tanto que ha sabido cautivar al lector en su periplo. La novela negra llevada a la realidad política del país, tristemente célebre por sus crímenes impunes.

El mundo en el que se desarrolla la historia está completo, sin fisuras. La jerga de los personajes es tan precisa como los elementos físicos que las caracterizan: los políticos son hipócritas en su aparente formalidad, los detectives son vulgares y albureros, sobre todo escatológicos, el profesor Marcos es digresivo en sus razonamientos.

Y al final, ¿existe la justicia social? ¿Se restablece el orden? *El tercer asesino* responde a estas preguntas de la manera en la que una buena novela puede hacerlo: con el silencio. El silencio del profesor Marcos al sentarse en el sofá de su sala, encender la televisión con una película de Kurosawa y una copa de vino.

Así pues, la última novela de Renato Prada muestra dominio literario y afecto a una buena historia. Su selección de un género novelesco que se remonta a los clásicos, y que en el siglo XX ha dado un giro hacia la novela negra de Highsmith, Chandler, y en México a la de Paco Ignacio Taibo II, por mencionar algunos, es predecible. Un artesano crea siguiendo viejos modelos. Su originalidad pasará imperceptible para algunos, pero es lo que a la larga más perdura.

Notas al final

¹De acuerdo con lo que postula Renato Prada en su estudio *Análisis e interpretación del discurso narrativo literario* (1993), donde nos presenta tres niveles de sujetos significativos en la narración: el nivel de la historia (diégesis), el nivel de la enunciación discursiva (relato literario) y el nivel del hacer total del discurso (autor implícito) (174).